

## NOCHE DE VIERNES SANTO

Testimonio por:

Anita Estrada

“Digo que hay algo de misterio divino en todo lo que existe. Lo vemos brillar en un girasol o en una amapola. Y también intuimos algo del inescrutable misterio cuando vemos a una mariposa levantar el vuelo desde una rama, o a un pez dorado que nada en su pecera. Pero donde más cerca de Dios podemos estar es en nuestra propia alma. Sólo allí podemos unirnos con el gran misterio de la vida. En muy raros momentos podemos incluso llegar a sentir que nosotros mismos somos el misterio divino”.

Jostein Gaarder, El mundo de Sofía.

Un olor a tierra vieja, salitrosa y requemada por el sol, sube del antiguo lago de Texcoco; el viento que corre libre y sin obstáculos por esos descampados, la ha pulverizado. Las tolvaneras arrastran un polvo fino que vuelve grises los días y no permite contemplar las luminarias del cielo por la noche, tal vez son cenizas de sus dueños ancestrales. La autopista se extiende, aparentemente, por un plano desierto, tierra de nadie. Pocas estrellas lucen en el firmamento. Es noche cerrada, sin luna, noche de Viernes Santo.

El automóvil enfiló rumbo a la ciudad de México a sesenta kilómetros por hora a la una y media de la madrugada del sábado, el conductor desconoce el camino y va lento, es la primera vez que visitan –el y sus amigos- ese municipio. Extrañado, al notar que sube la carretera, acelera. Sus acompañantes, como él mismo, fueron por curiosidad a la Feria del Caballo que, anualmente, organiza dicha localidad y, al anoecer, cuando llegaban de la ciudad de México todo el terreno les pareció plano o entraron por otro lado, no lo saben. Vuelven un tanto desencantados, el ambiente se fue cargando conforme avanzaba la noche. Era mejor regresar. Van siguiendo las indicaciones que les dieron en la feria, pero no hay señalamientos. Alguien dice que parece un trébol o algo así. Aumenta la velocidad. Justo en ese momento, ya en la cresta de la curva, un pronunciado desnivel en la carpeta asfáltica, que la convierte en rampa, hace volar el coche fuera de control proyectándolo al vacío. La oscuridad y un silencio total los envuelve. Saben que van a morir.

En la parte baja del promontorio donde se asienta el trébol, tres ambulancias esperan clientes. El ruido producido cuando el coche tira la barrera de contención, hace voltear la cabeza a los paramédicos apostados fuera de los vehículos de auxilio. Corren. Un automóvil les va a caer encima. El *neón* morado voló y cayó de trompa, rebotó por el impulso y fue a caer frente a las ambulancias totalmente destrozado.

-¡Vamos a ver si hay sobrevivientes! Gritó uno de los paramédicos mientras se limpiaba el sudor de la frente y trataba de controlar el temblor de sus manos, a pesar de su larga experiencia en esos menesteres.

El teléfono sonó a las dos y media –de la madrugada- en casa de Alejandro. Su hermano Paco tomó la llamada. Inmediatamente me despertó para darme la noticia: Alejandro y sus amigos estaban heridos de gravedad en Texcoco. Se comunica de inmediato con mi hermano Eduardo, abogado, siempre solidario; él nos acompañará y dará la ayuda que se requiera. Los viejos dioses del altiplano cobraron la cuota de peaje: un tributo sangriento.

En la Clínica de Traumatología Santo Niño de Atocha, a donde fueron trasladados por ser el hospital más cercano al lugar del siniestro, doctores y enfermeras no se daban abasto prestando los primeros auxilios a los accidentados, cuando los familiares fueron llegando uno a uno. Todos con caras largas, demudadas; despertados en medio de la noche, instalados en un mal sueño, esperando lo peor.

Tres de los cinco pasajeros tienen contusiones más o menos serias, heridas que ameritan puntadas, algunas fracturas menores, pero nada serio que ponga en peligro sus vidas. Uno, que salió disparado por el parabrisas está orinando sangre. Sospechan que estallaron sus vísceras. Por fortuna las radiografías revelan una fuerte contusión en el abdomen y una herida sangrante en la zona de los riñones, pero sin tocarlos.

El parte médico del conductor es otra cosa: múltiples heridas y traumatismos, uno en el lado derecho del rostro cerca de la sien. Tiene la cara al doble de tamaño, fracturas no expuestas de los dos fémures, los huesos más gruesos y largos del cuerpo, con la consiguiente pérdida de sangre y grasa que, a esas horas, ya estará alojada en los pulmones y tal vez en el cerebro. Intervención quirúrgica de inmediato para fijar los huesos, después, instalación en unidad de terapia intensiva. Pronóstico reservado por los trombos que, seguramente y a pesar del medicamento suministrado para que se desbaraten, harán su labor destructiva en breve.

*...”somos un grupo compacto de unas quince personas, todas con familiares cercanos en la Unidad de Cuidados Intensivos de la zona hospitalaria en la Magdalena de las Salinas en el norte de la ciudad. Recibimos las instrucciones de una enfermera. Serán cuatro visitas al día de 5 a 10 minutos cada una, al final de ellas nos darán los médicos el reporte.*

*Avanzamos por un laberinto de pasillos, vamos disfrazados con batas, gorras y cubrebocas estériles. Nos indican: lavarse las manos antes de entrar al cubículo, decirle al paciente que lo queremos, que lo necesitamos. Hay que prodigarle caricias, besos. Los*

*pacientes están sedados pero nos oyen –dicen-. Las caricias y las palabras los sostendrán en su batalla, están luchando por su vida... Nos dan el número de cama, avanzamos temblorosos, anonadados por la desgracia.*

*El traslado de la Clínica de Texcoco a este centro de traumatología, en una unidad de terapia intensiva que envió el Seguro Social, fue angustiante, vertiginoso. Entre todas las llaves, mangueras y aparatos que cuidan la vida del paciente en la ambulancia, distingo una estampa pegada a la pared del Santo Niño de Atocha, que nos miraba. A nuestro arribo Rafael Ortega Cuevas, mi jefe y Candelaria Rodríguez, nos facilitarán el acceso directo de Alex a Terapia Intensiva.*

*Miércoles 18 de abril. Han transcurrido cuatro días desde el accidente y Alejandro ha sufrido dos tromboembolias pulmonares. Temen, también, daño cerebral. Le toman tomografías de amplia resolución de la cabeza. No aparece nada en ellas.*

*Un verdadero ejército formado por amigos personales de Alex y de mi trabajo vienen para donar sangre. Paco, su hermano, no se desprende un momento de mi lado. Las veinticuatro horas que debemos permanecer en la sala de espera, son eternas.*

*Poco antes de las cinco de la mañana del jueves de Pascua, 19 de abril, compro el periódico La Jornada al voceador madrugador, lo guardo en mi bolsa de lona para leerlo después, casi es hora de la primera visita. El médico me ofrece una pastilla y un vaso de agua. Me da un vuelco el alma. No se anda con rodeos: Alejandro tiene algunas horas con los pulmones parados, no le funcionan. Está vivo gracias al ventilador artificial y porque su corazón, joven, está funcionando como una máquina... pero, -dice el médico- de qué sirve un corazón poderoso si no hay pulmones. Tarde o temprano, ocurrirá un paro cardíaco, que avise a mi familia para que no esté sola.*

*La sala de espera, donde me aguardan, es un mosaico inquietante de rostros, que por la pena, no logro identificar. Tartamudeo, apenas logro repetir lo dicho por el médico. No se quién me abraza. Rosi, amiga de la oficina, dice que tenga fe en Dios, porque mucha gente está pidiendo por la salud de mi hijo, agrega que una imagen peregrina del Santo Niño de Atocha está, de visita, en casa de una amiga de su mamá y los que acuden a verlo están rezando por él.*

*Alguien dice que se tomen de las manos y visualicen a Alejandro sano, saliendo conmigo del hospital. Se forma un grupo de gente conocida y algunos familiares de otros enfermos que se unen. Anuncian la visita de las doce. El mismo diagnóstico: los pulmones siguen sin funcionar... ya son muchas horas, han hecho todo lo que estaba en sus manos, no responde, el desenlace sobrevendrá en cualquier momento.*

*Cuando salgo mi aspecto lo dice todo, no me preguntan nada. Siguen pidiendo por él. Mi hermana Tere entra a platicar con los médicos, regresa con los ojos llorosos. Los minutos y las horas se arrastran en cámara lenta. Nadie se mueve. Todos estamos pendientes del altavoz que nos inquieta cada que las enfermeras dicen un mensaje.*

*Una señora canosa, gruesa, que ha estado acompañada de sus hijos hace dos días, viene directamente hacia mí, o esa es mi impresión, desde la pequeña capilla del fondo. No me equivoqué, se sienta a mi lado y me dice que su marido acaba de morir, están esperando les entreguen el cuerpo. A manera de consuelo agrega, que ya estaba viejo, enfermo y, para colmo, lo atropelló un carro. Ya descansó, dice. Fue a la capilla no a rezar por su viejo, que ya no necesita rezos, sino a pedir por mi hijo al Santo Niño de Atocha.*

*Las cinco de la tarde. Procuero que la voz no me tiemble. Le digo que lo amo y estoy con él. Le repito, lo mismo de cada visita: ¡Alejandro, eres un soldado y los soldados no bajan los brazos!... Tu único pensamiento en esta batalla, debe ser: ¡Me voy a aliviar, me voy a aliviar! ¡Voy a ganar la guerra! Por el sedante tiene los ojos perdidos, sin embargo, los dedos de su mano, que tengo enlazados, oprimen ligeramente los míos.*

*No escuché el aviso de término de la visita, una doctora entra y me indica que la siga. Los demás familiares ya han salido. Inicia su reporte con estas palabras: Señora, lo que los hombres no pueden, Dios lo puede... su hijo sigue siendo el más grave de la Unidad, pero parece... parece que sus pulmones han empezado a funcionar hace poco más de dos horas. Estamos verificando que no sea una falsa recuperación, pero la realidad es que nos tiene asombrados ¡imagínese, después de tantas horas! Si es usted creyente siga pidiendo a Dios por él, es muy joven y tiene un corazón fuerte, que no ha dejado de bombear como si estuviera conectado a una mecanismo de alta precisión, exacto y potente.*

*Estas palabras dichas en tono amable y cálido, por esos misterios incomprensibles de la mente, desatan un juego a manera de rompecabezas, en el que las piezas se acomodan solas y conforme se va armando lo externo, en voz alta:*

*-Doctora, me han ocurrido una serie de coincidencias en los últimos días, que no se cómo explicarlas... Mi familia... mis hijos y yo, no somos creyentes pero, por favor dígame, qué opina de esto:*

*-Hace unos meses un amigo, que fue a Zacatecas, me regaló una imagen del Niño de Atocha y yo le dije en broma: ¿Por qué me regalas esto Benito, no sabes que soy atea? Él riéndose me contestó: ¡No importa, es para que la cuide a usted y a sus hijos! La tengo desde entonces sobre el CPU de mi computadora. Luego, Alejandro se accidenta y*

lo llevan a la Clínica Santo Niño de Atocha de Texcoco y todos los días veo al Santo Niño en su cuarto y en una capilla dedicada a él, que se encuentra al final de la escalera. En la ambulancia del IMSS que lo trasladó, pegada en una de las paredes, una pequeña foto del mismo Niño nos miraba a través de los tubos y aparatos. Hoy, cuando la angustia me rebasaba, después del reporte de la mañana, una compañera me dice que una imagen peregrina del Niño de Atocha llegó a casa de una amiga de su mamá... colocaron unos carteles grandes pidiendo que los asistentes rogaran por la salud de Alejandro, dada su gravedad, y todos los que van están rezando por él... y

-Mire señora, yo soy católica, pero no practicante ni afecta a las devociones, pero aquí uno ve cada cosa ¡digna de ser escrita! y además, escucha lo que comentan los familiares de los enfermitos. Dicen que cuando el Niño de Atocha quiere ayudar a alguien, se hace presente... Guardó silencio un momento, me tomó de las manos y agregó: Usted sabrá interpretarlo...

-Doctora, hace unos años fui a pasear a Zacatecas con Alejandro, la recorrimos de "pe" a "pa" y no pasamos a verlo, no por desprecio, sino simplemente porque no lo teníamos en nuestro programa mental...

-Sí, ustedes no lo tenían, pero Él a ustedes sí. Dígale que pone la vida de su hijo en sus manos y ahora, relájese. Confíe en Dios.

-Sí doctora, gracias... con su permiso.

Mi familia insiste en que vaya a dormir a casa. Me niego. Alejandro y yo estamos en guerra, él en el frente y yo en la retaguardia. No lo puedo dejar solo. A las doce sigue grave pero las noticias son alentadoras. Sus pulmones sí están funcionando, débiles pero funcionando.

Viernes de Pascua, 20 de abril. Compro el periódico temprano, antes de las cinco. Se han retrasado con el llamado a la visita. Recuerdo que no leí el del jueves, lo saco de la bolsa y lo empiezo a hojear... Me topo con una plana completa donde el periódico La Jornada del 19 de abril, que no es precisamente un diario conservador sino de izquierda, cuenta la historia del Santo Niño de Atocha. Sonríe, es casi una zancadilla este aparecerse, día a día, de este Niño travieso.

Entro a la visita con mejor ánimo. Sus pulmones están trabajando, ya, normalmente, van a esperar que se estabilice. Mañana sábado no tendrá sedante ni ventilador, pero permanecerá entubado. Estará inquieto. No hay gente en su sano juicio que aguante el tubo, dice el doctor, pero es necesario para estar seguros.

A mi hermana y amigas que llegan en la tarde les narro todo lo del Santo Niño. Cristina y Argentina dicen no creer en coincidencias. Les parece insólito que haya tropezado con

él todos los días y más que haya salido en La Jornada. Tere, solicita apoyo para que me convenzan que vaya a descansar a la casa, ya que Alejandro va un poco mejor. Paco se quedará con su hermano. Lo que menos se necesita –dicen- es que yo me enferme. Cedo. Como a las ocho de la noche nos retiramos. Los reportes no han variado, a pasos acelerados mejora para sorpresa de los médicos que ya lo daban por muerto. En el camino, Teresita me indica que vamos a pasar a su consultorio antes de llegar a casa. Le pregunto para qué, me responde con otra pregunta: -¿Recuerdas el Niño que me regalaron hace seis años, al que le compro su ajuar cada enero para llevarlo a bendecir en febrero y tú te ríes de mí? –Sí. –Bueno, pues este año lo tengo vestido de Santo Niño de Atocha y me has dejado con la boca abierta con lo que nos has contado. ¿Tienes una fotografía en tu bolsa de Alejandro? -¿Creo que sí, por qué? –Se la voy a pegar en el pecho al Niño y decirle que, ya que es su padrino, lo saque adelante. La busco sin pensar, como autómatas, cumpliendo un rito ajeno, hasta ese entonces, a mí y a mis hijos.

Sábado 21 de abril. Como dijeron le retiran ventilador y sedante, el tubo no. Requieren confirmar el trabajo, por sí mismos, de sus pulmones. Lo pasa mal. Domingo. Por fin le quitan el tubo.. Va mejor.

Lunes 23 de abril, han pasado nueve días. Está profundamente dormido a las cinco que entro a la primera visita, el lado derecho de la cara se ha desinflamado, pero el moretón del golpe ahora está negro. Ya no tiene más que el suero. No le hablo, lo dejo seguir durmiendo. El reporte es bueno. Como a las nueve me llaman por el altavoz, asustada corro a la ventanilla. Calma, es para que entre a darle de desayunar. Varios doctores y enfermeras están en su cubículo festejando, como si fuera un cumpleaños. Aquí está su muchacho, dicen, después de la comida se va a piso para que lo operen el miércoles. ¡Felicidades, Alejandro, tuviste otra oportunidad contra toda esperanza, aprovéchala!

La misma despedida gustosa nueve días después cuando me lo llevo a casa. Una larga convalecencia espera.

Hace unos años, relatando un hecho que me pareció insólito ocurrido en el Valle del Mezquital y del cual fui testigo, me preguntaba de qué material están hechas las cosas que no tienen explicación, los sueños que se realizan, los milagros que rompen la lógica de un suceso y agregaba con una soberbia inaudita, que ahora admito: “Quiero un milagro **sin fe** para creer”. Gracias por leer este testimonio.

México, D.F., julio de 2001.